

Guerra Conjunta

Una de las tristes experiencias que dejó la operación Desert Storm, fue el lamentable hecho de las bajas de fuerzas amigas producidas por sus propias fuerzas, conocido como “fratricidio”, trayendo a la memoria antiguos conceptos originados por Carl von Clausewitz en la primera mitad del siglo XIX referido a la niebla o fragor y la fricción, que metafóricamente representan la incertidumbre, inestabilidad, ambigüedad y complejidad inherentes a las operaciones bélicas. Hoy, cuando se visualizan como imprescindibles el trabajo de las fuerzas militares integrando coaliciones, alianzas, fuerzas combinadas y conjuntas, conceptos todos que en su origen son tan antiguos como la guerra misma, que conjugados con las diferentes características de las fuerzas, como son su tecnología, doctrina, recursos, sistemas de armas, etc., colocan a la principal herramienta para la mantención de la seguridad, de la paz y la libertad, ante un gran desafío. Military Review en esta edición espera aportar con lo suyo al trabajo que surge de este desafío y constituir de esta forma, una herramienta más para que del necesario intercambio que se deduce, se logren buenos resultados.

La Evolución de la Guerra Conjunta

Williamson Murray

LA GUERRA conjunta es en gran parte un fenómeno del siglo pasado. No obstante, a partir del siglo XVII, en cuanto las FF.AA. del hemisferio occidental se transformaban en instituciones profesionales y disciplinadas que respondían a sus dirigentes, muchos estados han buscado proyectar el poder en el extranjero. La tecnología cada vez más ha determinado la conducción de la guerra, forzando el empleo de capacidades militares de forma combinada. Esto es un proceso complejo, no debido a los obstáculos presentados por las instituciones militares propias de sus culturas, sino porque la evolución de la guerra conjunta presenta problemas de difícil solución. Más aún, tales capacidades pueden requerir niveles de gastos que no pueden ser asignados a las FF.AA. en tiempos de paz.

Las Potencias Continentales

Entre las naciones emergentes en los inicios del siglo XVII, Inglaterra poseía la mayor tradición de cooperación entre las fuerzas terrestres y marítimas. La nación se originó con la invasión de Guillermo el Conquistador que causó la toma de poder por parte de los normandos. Sus descendientes, en particular Eduardo III y Enrique V, hicieron uso de la dominación del Canal Inglés y sistemas fluviales adyacentes para invadir el Continente, que provocó la casi destrucción de Francia. Aunque impresionantes, uno no puede hablar acerca de esas campañas como guerra conjunta debido a que las instituciones militares de entonces no eran ni profesionales ni permanentes. Tal vez una excepción a lo mencionado anteriormente sea la Batalla de Sluys en 1340, cuando Eduardo III lanzó una flota de arqueros acarreado arcos largos para exterminar los franceses, resultando en una era en la cual “Eduardo era señor del mar.”¹

No obstante, sólo a fines del siglo XVI, los europeos comenzaron a pensar en términos de cooperación con-

junta. La destrucción de la Armada Española en 1588 subrayó los peligros y riesgos que existían en la coordinación de fuerzas terrestres y marítimas. El planeamiento de expediciones en Madrid y trasladar una flota en el Canal con ejércitos en los Países Bajos resultó ser una tarea abrumadora. Tal operación había sido exitosa en contra de los grupos tribales de los Indígenas norteamericanos, quienes poseían armas anticuadas y no eran eficientes en el empleo de armas de fuego. Mientras que las enfermedades traídas desde Europa se esparcían, los españoles mataban a los nativos que sobrevivían el combate. España, no obstante, no estaba preparada para lidiar con la complejidad de la guerra terrestre y marítima en contra de las potencias europeas. Tales dificultades eran exacerbadas por el hábil liderazgo de las fuerzas marítimas británicas y la falta de familiaridad con el Canal lo cual inevitablemente convirtió la gran expedición de Felipe II en un fracaso.

A mediados del siglo XVII una cantidad de naciones europeas, encabezadas por Holanda y Suecia, crearon distinguidos ejércitos y armadas que respondían a los ministerios de guerra y almirantazgos. El mayor ingrediente en el proceder de estas instituciones consistía en una intensa competencia para establecer la hegemonía en el Continente, un combate en el cual ejércitos disciplinados lucharon para alcanzar la dominación. A medida que el siglo continuaba desarrollándose los europeos comenzaron a disputar entre sí el imperio. Al comienzo la competencia involucró las armadas compitiendo por la supremacía marítima, pero a fines del siglo las colonias más significativas como las Islas de Azúcar en la región caribeña, se enorgullecían de sus fortificaciones y guarniciones. Francia e Inglaterra surgieron como grandes potencias, compitiendo para ser el imperio hasta los comienzos del siglo XVIII. Al mismo tiempo el Ejército de Luis XIV amenazaba el equilibrio del poder. La

Guerra Española de Sucesión estalló en 1702 y fue la primera guerra mundial. En el continente, el Duque de Marlborough, con aliados holandeses y de Habsburgo, fueron victoriosos en varias ocasiones, sacudiendo a la monarquía francesa. Londres entablaba la guerra en el mar para establecer su supremacía sobre el Atlántico y el Mediterráneo, mientras que combatía por el control sobre Norteamérica, el Caribe e India. Los colonos ingleses en Norteamérica denominaron este conflicto la Guerra de la Reina Ana en honor a la soberana. Ninguna de las potencias podía proyectar suficiente poder más allá de Europa para ganar de manera contundente, pero la guerra era la fase inicial en un conflicto que perduró el resto del siglo.

El Nuevo Mundo

La Guerra de Siete Años —conocida como la guerra Francesa-India en Norteamérica— decidió qué nación era

La tecnología cada vez más ha determinado la conducción de la guerra, forzando el empleo de capacidades militares de forma combinada. Esto es un proceso complejo, no debido a los obstáculos presentados por las instituciones militares propias de sus culturas, sino porque la evolución de la guerra conjunta presenta problemas de difícil solución. Más aún, tales capacidades pueden requerir niveles de gastos que no pueden ser asignados a las FF.AA. en tiempos de paz.

la dominante fuera de Europa. Resolvió además que el idioma inglés sería el idioma dominante en el mundo. Más aún, representó la primera vez en el cual el poder naval proyectó a las fuerzas terrestres a grandes distancias, las apoyó, y previno que un enemigo sea reforzado. Desde un punto de vista estadounidense, la campaña decisiva se realizó en 1756 cuando los británicos bajo el mando de James Wolfe sitiaron Quebec. Los historiadores disputan que el destino de Norteamérica fue decidido en las llanuras de Abraham cuando Wolfe derrotó a Montcalm. De hecho, las fuerzas británicas ocupando la ciudad de Quebec sobrevivieron un invierno casi muriéndose de hambre y bajo la amenaza de ataques de los franceses en la provincia. No obstante, cuando la primavera derritió el hielo en el río, la Armada Real, con refuerzos sustanciales, navegaron en el Golfo de San Lorenzo ante los franceses, y el destino de Norteamérica fue sellado.

La capacidad de emplear fuerzas terrestres y navales conjuntamente a través de grandes distancias oceánicas

permitió a que el imperio británico sobreviviese la ineptitud política demostrada en su guerra en contra de los colonos norteamericanos en los años de 1770. El control sobre el mar y la habilidad de expandir el poder casi a voluntad no podía sobreponer los errores cometidos por *Lord* Frederick North. A pesar de proyectar grandes ejércitos a través del Atlántico los británicos no podían detener el movimiento de la independencia. La captura de Nueva York en 1776 —mediante una verdadera operación conjunta— y la ofensiva a través de Nueva Jersey casi destruyó el ejército revolucionario. Sin embargo, el General George Washington y sus fuerzas sobrevivieron, y la campaña del año siguiente que lanzó a los británicos bajo el mando del *Sir* William Howe en contra de Filadelfia también dejó la invasión de la parte norte del estado de Nueva York por el General John Burgoyne a la espera, y a la subsiguiente derrota en Saratoga. La mesa estaba servida cuando las demás potencias intervinieron. No obstante, la unión de las potencias terrestres y marítimas expandieron el control británico desde el Caribe hasta la India en contra de una gran coalición.

Basil Liddell Hart caracterizó el método de Londres durante este período como la manera británica de conducir la guerra. Pero como lo señaló el *Sir* Michael Howard, Gran Bretaña sólo era victoriosa cuando sus oponentes en Europa combatían una guerra continental y en ultramar, que exigía el compromiso substancial de las fuerzas terrestres. Francia fracasó durante el transcurso del siglo XVIII debido a que sus líderes no tenían bien en claro cuál guerra estaba siendo entablada. En el afán de ganar ambas, perdieron ambas. Los revolucionarios franceses en 1789 y Napoleón tenían objetivos claros, los que en gran parte involucraban la conquista en el Continente. Las expediciones anfibias en contra del territorio controlado por los franceses fueron tristes fracasos, por lo menos hasta la guerra en España. La guerra conjunta sólo tuvo éxito en lugares distantes, en operaciones que tenían como objetivo conquistar posesiones francesas o áreas que se hallaban lejos de la potencia francesa. Conjunta, en este contexto, significaba colocar a las tropas terrestres a una distancia del enemigo y luego abastecerlas vía el mar. Cuando los británicos, no obstante, comprometieron a fuerzas y un general de alta reputación, tuvo un impacto importante en la posición estratégica de Francia. La Guerra Peninsular en contra de Francia en España fue uno de los pocos ejemplos de guerra conjunta en la era napoleónica.

Norte y Sur

La Guerra Civil fue testigo de la primera auténtica operación conjunta—un método que se desarrolló debido a la situación geográfica, principalmente, las vías fluviales de los ríos al oeste. Desde los comienzos. La Unión dominó el equilibrio marítimo, el cual permitió a Lin-



Departamento de Defensa

La cerca de Yorktown, Virginia. Inmensas baterías con enormes cañones y morteros fueron posicionadas a lo largo de la línea del frente por la 1ª Artillería Pesada de Connecticut.

coln de imponer un bloqueo a las fuerzas confederadas y controlar los fuertes ubicados en las islas cerca de las costas. Durante la primavera de 1862, el General George McClellan inició un ataque desde el mar en contra de la Península de Yorktown. La Armada desplegó a las tropas en el terreno y apoyó el avance en Richmond. En este una serie de golpes iniciados por el General Robert E. Lee causaron el retroceso de las fuerzas en la Península de Yorktown. Los cañoneros estadounidenses realizaron un servicio sobresaliente al detener un asalto enemigo en Malvern Hill, causando increíbles bajas a los Confederados. A pesar de eso, se puede decir que el trabajo conjunto fue rudimentario durante aquellos enfrentamientos.

El teatro occidental fue el escenario de una verdadera operación conjunta en los ríos Mississippi, Ohio, Cumberland y Tennessee, los cuales ofrecían vías de aproximación profundas para las fuerzas de la Unión. La caída de los Fuertes Donelson y Henry a manos del General Ulysses S. Grant durante el invierno de 1862, abrió los ríos de Kentucky, Tennessee y el norte de Mississippi hasta Muscle Shoals en Alabama a las acciones del Ejército transportado por la Armada. Grant aseguró el acceso al corazón de la región sureña en un brillante golpe. Las victorias en los Fuertes Donelson y Henry dieron a los del Norte una ventaja en el Oeste de la cual el Sur nunca se pudo recuperar. Debió existir una cooperación cercana entre los oficiales de la Armada, quienes estaban a cargo de

la flota de cañoneros, y los comandantes del Ejército para sacar el máximo provecho a esta ventaja. La importancia de esa cooperación fue subrayada en abril del año 1862 cuando barcos reforzaron a Grant con tropas bajo el mando

La cooperación conjunta que se desarrolló en 1862 fue crucial para la campaña en contra de Vicksburg en la primavera de 1863. El Almirante David Porter destruyó las defensas en Vicksburg en abril, lo cual permitió a Grant cruzar el río Mississippi hacia el Sur e iniciar la campaña más impresionante de la Guerra Civil, la cual dio como resultado no sólo la captura de Vicksburg sino de todo uno de los Cuerpos del Ejército Confederado en el campo.

del General Don Carlos Buell en Shiloh. La cooperación conjunta que se desarrolló en 1862 fue crucial para la campaña en contra de Vicksburg en la primavera de 1863. El Almirante David Porter destruyó las defensas en Vicksburg en abril, lo cual permitió a Grant cruzar el río Mississippi hacia el Sur e iniciar la campaña más impresionante de la Guerra Civil, la cual dio como resultado no sólo la captura de Vicksburg sino de todo uno de los Cuerpos del Ejército Confederado en el campo.

La Gran Guerra

La guerra conjunta existió de manera primitiva y bajo condiciones especiales antes del año 1900. Se convirtió cada vez más importante con un intermitente inicio en la I GM. La Campaña de Dardanelles, iniciada por Winston Churchill a pesar de la fuerte oposición por parte del Almirante *Sir* John (“Jackie”) Fisher, fracasó en gran parte debido a que el Ejército y la Armada de Gran Bretaña no pudieron cooperar. El triste ejemplo de cooperación en los niveles táctico y operacional resultó en la caída de la alternativa estratégica de continuar una prolongada guerra en el Frente Occidental con un enorme costo en hombres y material.

Un área de cooperación conjunta al nivel táctico tuvo éxito significativo. En el año 1918 tanto los Aliados y Alemania estaban empleando aeronaves para apoyar los

Los británicos organizaron el único alto comando conjunto durante los años entre las guerras, el Subcomité de Jefes de Estado Mayor. Por otro lado, las fuerzas armadas demostraron no estar dispuestos a desenvolver capacidades y doctrina conjunta. La Real Fuerza Aérea, temiendo que la cooperación conjunta pondría fin su independencia como institución militar, desarrolló una doctrina básica tan exclusiva sobre el bombardeo estratégico que el verdadero trabajo conjunto entre las fuerzas armadas se hizo casi imposible.

ataque terrestres. Los alemanes en realidad designaron escuadrones de apoyo aéreo cercano, especialmente equipados y adiestrados por la Ofensiva Michael en marzo de 1918. Igualmente, los británicos apoyaron tanques e infantería con medio aéreos en el exitoso ataque de agosto de 1918—el cual fue descrito por el General Ludendorff como el día más oscuro de la guerra, especialmente debido a la “creciente confusión y gran disturbio” creados por los ataques aéreos a las tropas terrestres.² No obstante, sólo los alemanes aprendieron de tales experiencias en el teatro conjunto.

A pesar de las grandes diferencias existentes entre las naciones, hubo más movimiento para la creación de capacidades conjuntas durante el período entre guerras. En 1935, la *Luftwaffe* en Alemania pasó a ser una fuerza separada. Sus líderes demostraron un interés considerable, desde el inicio, en el bombardeo estratégico, más además apoyaron otras misiones. Consecuentemente, dedicaron recursos substanciales a la capacidad de apoyar el ejército en la guerra mecanizada de armas combinadas. Al mismo tiempo la Armada y la Fuerza Aérea no

demonstraron ningún interés en el trabajo conjunto y los resultados fueron evidentes durante la II GM.

Los británicos organizaron el único alto comando conjunto durante los años entre las guerras, el Subcomité de Jefes de Estado Mayor. Por otro lado, las fuerzas armadas demostraron no estar dispuestos a desenvolver capacidades y doctrina conjunta. La Real Fuerza Aérea, temiendo que la cooperación conjunta pondría fin su independencia como institución militar, desarrolló una doctrina básica tan exclusiva sobre el bombardeo estratégico que el verdadero trabajo conjunto entre las fuerzas armadas se hizo casi imposible. Cuando la guerra estalló en 1939, la fuerza aérea demostró rápidamente que no podía apoyar ni las fuerzas terrestres con ataques de interdicción ni las fuerzas marítimas en la protección de líneas de comunicación marítimas en el Atlántico. Además, la fuerza aérea proporcionó a la armada aeronaves para el empleo en portaaviones que estaban obsoletas, en comparación a las aeronaves norteamericanas y japonesas.

Las demás instituciones, no obstante, no eran más abiertas que la Real Fuerza Aérea. En 1938, el comandante de la Escuela de Estado Mayor de la Marina Real sugirió la posibilidad de operaciones anfibas conjuntas, la cual fue totalmente rechazada. La actitud de los oficiales de más alto nivel variaba desde la creencia de tales operaciones habían sido exitosas en la guerra anterior hasta la confianza plena que no serían necesarias de nuevo. El Subjefe de Estado Mayor de la Aeronáutica argumentó que Gallipoli reveló que nada estaba realmente errado con las técnicas anfibas excepto con las comunicaciones. La armada se sentía igualmente poco entusiasta. El Subjefe del Estado Mayor Naval, el Almirante Andrew Cunningham, quien eventualmente comandó las fuerzas navales en el Mediterráneo, informó que “el Almirantazgo en la actualidad no podía prever la conducción de ninguna operación conjunta en particular y por lo tanto, no estaban dispuestos a consagrar cualquier suma considerable de dinero para equiparse para un adiestramiento conjunto.”³ Finalmente, el jefe del Estado Mayor General Imperial, *Lord* John Gort, afirmó que el ferrocarril permitía al poder terrestre concentrarse con mayor rapidez que el poder marítimo. De tal forma, la movilidad estratégica, aunque atractiva políticamente, no trabajaría más a favor del poder marítimo. Tales actitudes son excelentes para explicar la conducta desastrosa de la campaña de Noruega.

La trayectoria estadounidense es mejor en varios aspectos. La nueva institución de la Fuerza Aérea, la cual era una rama administrativa del Ejército (en primer lugar como el Cuerpo Aéreo del Ejército, y luego como las Fuerzas Aéreas del Ejército) demostró más o menos la misma indiferencia con respecto a las experiencias anteriores que la Real Fuerza Aérea de Inglaterra; estaba desinteresada en cooperar ya sea con las fuerzas terrestres



Departamento de Defensa

Conferencia de Casablanca, 1943.

o navales. En el ámbito de la doctrina anfibia conjunta, los Estados Unidos estaba en una posición más avanzada que otras naciones, sin duda debido a las peculiaridades de su organización militar. El Departamento de la Armada tenía su propia fuerza terrestre, el Cuerpo de Infantería de Marina, y debido a que no se había creado ningún componente aéreo, tanto la Armada como el Cuerpo de Infantería de Marina contaban con sus propios recursos aéreos. Los estrategas marítimos consideraban las operaciones anfibas conjuntas de acuerdo a las realidades de distancias en el Pacífico. Capacidades anfibas, sin duda, serían necesarias para capturar las bases logísticas en la región.

Durante ese período, los infantes de marina encabezaron el esfuerzo de la guerra anfibia. Al comenzar al II GM, dicho cuerpo militar desarrolló la doctrina y los procedimientos con considerable cooperación por parte de la Armada y alguna ayuda del Ejército. Aunque el equipamiento necesario para tales operaciones no había sido distribuido a las unidades, las FF.AA. habían establecido una base conceptual para las operaciones anfibas conjuntas.

Segunda Guerra Mundial

Es casi imposible considerar la guerra conjunta conducida por las fuerzas del Eje (*Axis*) como guerra conjunta. Alemania, con su habilidad de cooperar al nivel

táctico obtuvo resultados impresionantes en el inicio de la II GM. Más la invasión de Noruega, la Operación *Weserübung*, fue en gran parte el resultado de errores británicos. Los alemanes carecían de estrategia conjunta

En el ámbito de la doctrina anfibia conjunta, los Estados Unidos estaba en una posición más avanzada que otras naciones, sin duda debido a las peculiaridades de su organización militar. El Departamento de la Armada tenía su propia fuerza terrestre, el Cuerpo de Infantería de Marina, y debido a que no se había creado ningún componente aéreo, tanto la Armada como el Cuerpo de Infantería de Marina contaban con sus propios recursos aéreos.

y de hecho carecían además de conceptos operacionales. El planeamiento para la Operación *Sealion*, en el verano de 1940 —la propuesta invasión de Gran Bretaña— no presentó ningún concepto común acerca de las operaciones y ni siquiera empleaba un lenguaje común. La mencionada situación nunca fue rectificada. No existía

ningún comando superior conjunto—el Alto Comando de las Fuerzas Armadas, *Oberkommando der Wehrmacht*, era un poco más que un estado mayor administrativo que apoyaba a Hitler. El General Walter Warlimont, uno de sus integrantes, resaltó: “De hecho el consejo de los jefes de estado mayor británicos y de los EE.UU. fue un factor decisivo en la estrategia aliada. En Alemania, en un nivel comparable no existía nada más que un vacío desastroso”. Esta situación tenía tanto que ver con la rivalidad entre las FF.AA. como con el *Führer*.

Lo mismo ocurría con las demás fuerzas del Eje. El llamado *Commando Supremo* no ejerció ningún poder real sobre las instituciones, las cuales respondían por sí mismas. Consecuentemente, los militares italianos nunca propusieron una sólida estrategia o alternativas opera-

Las operaciones conjuntas estadounidenses alcanzaron su punto máximo en el Pacífico. La tiranía de la distancia significó que las FF.AA. tuvieron que trabajar de manera conjunta para ser capaces de proyectar la potencia militar. El General Douglas MacArthur, en el sudoeste del Pacífico, avanzó a lo largo de la orilla de Nueva Guinea con el increíble apoyo de la 5ª y de la 13ª Fuerzas Aéreas bajo el mando del General George Kenney, además de componentes navales. Al conducir operaciones conjuntas, MacArthur mantuvo a los japoneses permanentemente en desventaja.

cionales para un régimen, que en su ceguera ideológica no podía equilibrar los medios disponibles con los fines posibles. En el Japón, sin un alto comando conjunto, la situación no era nada mejor. Sin un comando superior, el Ejército y la Marina Imperial entablaron dos guerras separadas hasta sufrir las catástrofes en los inicios de 1944. Después de lo que ocurrió, la preponderancia de la fortaleza estadounidense era tal que no importaba mucho lo que el Japón hacía o dejaba de hacer.

La conducción de la guerra conjunta por los Aliados yacía en un plano diferente. En el ámbito estratégico, la estructura organizacional para analizar problemas estratégicos y militares que había sido creada por los británicos antes de la II GM cumplió un papel muy importante. El sistema no era tan espectacular en los primeros años pero eso era debido en gran parte a la arrolladora fortaleza del Eje. Gran Bretaña, no obstante pudo establecer las condiciones para la recuperación de los destinos del occidente una vez que los EE.UU. entraron a participar en la guerra. El poder analítico del sistema persuadió a los EE.UU. a que se embarcasen en importantes operaciones en el

Mediterráneo, un compromiso fundamentalmente contrario al punto de vista de Washington referente a la guerra. Londres fue exitosa al sugerir una articulación conjunta de estrategia, particularmente durante la Conferencia de Casablanca, resultando en el establecimiento de la Junta de Jefes de Estado Mayor y en un enfoque que enfatizaba las operaciones conjuntas al nivel operacional.

Las operaciones conjuntas estadounidenses alcanzaron su punto máximo en el Pacífico. La tiranía de la distancia significó que las FF.AA. tuvieron que trabajar de manera conjunta para ser capaces de proyectar la potencia militar. El General Douglas MacArthur, en el sudoeste del Pacífico, avanzó a lo largo de la orilla de Nueva Guinea con el increíble apoyo de la 5ª y de la 13ª Fuerzas Aéreas bajo el mando del General George Kenney, además de componentes navales. Al conducir operaciones conjuntas, MacArthur mantuvo a los japoneses permanentemente en desventaja. Igualmente, después de las derrotas de Tarawa, el Almirante Chester Nimitz y sus comandantes se alertaron acerca de los problemas de desembarco en playas hostiles. Así la campaña de las islas centrales del Pacífico emergió como una de las más impresionantes campañas de guerra a escala operacional, especialmente la cooperación demostrada por soldados, marineros e infantes de marina. El resultado fue la toma de las bases en la primavera de 1944 las cuales fueron empleadas por los bombarderos estratégicos de la Fuerza Aérea del Ejército para ejecutar sus ataques en contra del territorio japonés.

La situación en Europa era semejante. En la primavera de 1944, los Aliados obtuvieron los recursos que les permitiría la más compleja operación conjunta de la guerra—un desembarco en la costa hostil de Francia. La cooperación no siempre era de buena voluntad. En marzo de 1944, las unidades de bombarderos estadounidenses y británicos lucharon para no ser colocados bajo el comando operacional del General Dwight Eisenhower. Estas perdieron porque Eisenhower estaba dispuesto a apelar a Roosevelt y Churchill. Eisenhower y su subcomandante, el Mariscal del Aire Arthur Tedder, luego empleó la Fuerza Aérea, inclusive los bombarderos estratégicos, para atacar los medios de transporte en Francia. En junio de 1944 el sistema de transporte estaba destruido; de hecho los alemanes habían perdido la batalla de la concentración de fuerzas y medios antes que las primeras tropas Aliadas desembarcasen.

Las operaciones conjuntas fueron menos exitosas en Omaha Beach, en donde las bajas estadounidenses fueron tres veces más que las sufridas en Tarawa seis meses antes. El General George Marshall que estaba impresionado por los desembarcos en el Pacífico. Consecuentemente el ordenó al comandante de la 7ª División en Kwajalein, el General de División Pete Corlett que difundiese las lecciones aprendidas. Sin embargo, cuando



Tropas de asalto estadounidenses desembarcando en la costa de Francia en 1944 siendo apoyados por fuegos navales.

él llegó a Europa, Corlett descubrió que los comandantes del Ejército responsables de la operación *Overlord* no tenían ningún interés en aprender de las “lecciones obtenidas de una coalición de un teatro sin relevancia.”²⁵ El resultado fue que los soldados que desembarcaron en Omaha recibieron veinte minutos de apoyo de fuego naval proveniente de un solo buque de guerra (en cuanto la guarnición enemiga en Kwajalein había sido bombardeada por unos siete buques). El desembarco en Omaha se acercó peligrosamente a la derrota, el cual pudo haber causado la derrota de la operación *Overlord*.

Período de la Post Guerra

Cuando la II GM terminó, las fuerzas Aliadas estaban preparadas para iniciar la mayor operación conjunta de la historia —*Olympic*, la invasión del Japón— la cual hubiese hecho que la operación *Overlord* sea considerada insignificante. En este período las operaciones conjuntas habían alcanzado su punto máximo. Desgraciadamente, tal cooperación no sería igualada hasta la operación *Desert Storm* en 1991. Muchos factores contribuyeron a tal hecho. El primer factor fue el advenimiento de las armas nucleares, las cuales cambiaron la guerra hasta tal punto que muchos líderes en particular a aquellos en la Fuerza Aérea, creyeron que las lecciones aprendidas

de la II GM ya no eran más válidas. En segundo lugar, aquéllos que habían conducido la guerra en Europa llegaron a dominar las FF.AA. de la post guerra, y dicho teatro había sido testigo de menos operaciones conjuntas

Los soldados que desembarcaron en Omaha recibieron veinte minutos de apoyo de fuego naval proveniente de un solo buque de guerra (en cuanto la guarnición enemiga en Kwajalein había sido bombardeada por unos siete buques). El desembarco en Omaha se acercó peligrosamente a la derrota, el cual pudo haber causado la derrota de la operación Overlord.

que el Pacífico. Finalmente, mientras que la cooperación conjunta había alcanzado niveles significativos, fue en gran parte el resultado de requisitos operacionales y tácticos. La cultura de tiempo de paz del período anterior a la guerra regresó. De esta manera, el General Omar Bradley, que asumió el cargo de Jefe de EM Conjunto a fines de la década de los años 1940, en un esfuerzo para eliminar el Cuerpo de Infantería de Marina en nombre

de las operaciones conjunta, anunció que jamás habría otra operación anfibia de gran magnitud.

Los Acuerdos de Key West, los cuales resultaron de los conflictos entre las instituciones militares, determinaron el curso de las operaciones conjuntas hasta el Acta de Goldwater-Nichols. Dichos acuerdos representaron un compromiso débil entre la creencia del Ejército en una comunidad conjunta fuerte y el deseo de la Armada y del Cuerpo de Infantería de Marina por comunidades de instituciones armadas. Más, hasta un cierto punto el Ejército socavó su propia posición al intentar eliminar el Cuerpo de Infantería de Marina de la ecuación. Más aún, el establecimiento de la Fuerza Aérea, con un cultura empresarial que denigraba todos los roles y misiones con

Cuando la guerra terminó a comienzos del año de 1973, las FF.AA. estadounidenses estaban totalmente desordenadas. Sin disciplina, divididas en disputas raciales, desanimadas por la derrota y rechazadas por la sociedad civil, cada una de las instituciones militares tuvo que ordenar su casa durante su período de reducción de fuerzas, restricciones fiscales y de cambios de misiones.

excepción del bombardeo estratégico, un concepto que era reforzado por armas nucleares, hizo muy poco para promover la cooperación.

Las operaciones conjuntas después de Key West fueron poco impresionantes. La Fuerza Aérea resistió apoyar las fuerzas terrestres durante la guerra en Corea. El Ejército y el Cuerpo de Infantería de Marina cooperaron sólo cuando era necesario, pero raras veces entablaron lo que podría ser considerado operaciones conjuntas en el terreno. Parte de este predicamento, puede ser trazado a la naturaleza del conflicto durante sus dos últimos años, ya que Washington estaba dispuesto a aceptar un armisticio. No obstante, las instituciones militares a menudo arriesgan las vidas de los estadounidenses para lograr metas de sus propios intereses.

Vietnam no fue nada mejor. Un factor clave en las presunciones erradas, que los EE.UU. consideró en el verano de 1965 fueron las perspectivas institucionales militares, las cuales impidieron a los Jefes de EM Conjunto de hablar de manera coherente u ofrecer consejos estratégicos y operacionales en forma conjunta. Dos Fuerzas Aéreas tácticas trabaron campañas independientes. Bombarderos de la Fuerza Aérea, provenientes en su gran mayoría de Tailandia atacaron Hanoi y sus alrededores. Aeronaves navales provenientes de portaaviones

situados en el Golfo de Tonkin se limitaron a acertar blancos cerca de Haiphong y la costa de Vietnam del norte. Estas operaciones conjuntas, sin embargo, fueron mínimas resultando en grandes pérdidas en una campaña aérea que tenía un enfoque mínimo.

Las operaciones conjuntas en la guerra terrestre también fueron problemáticas. El comandante nominal del teatro, el General William Westmoreland, desplegó unidades del Cuerpo de Infantería de Marina al centro de Vietnam en vez de emplearlos en el Delta en donde las capacidades anfibias hubiesen sido más efectivas. La Fuerza Aérea lanzó toneladas de material bélico en Vietnam del Sur, más prestó poca atención a los requerimientos de las fuerzas terrestres. A pesar de que a menudo el apoyo aéreo cercano demostró ser crucial para los soldados e infantes de marina, la Fuerza Aérea lo consideró en términos de lo que era más conveniente a un punto de vista mecánico de la guerra y las medidas de eficiencia en vez de lo que podía ser más útil para las fuerzas terrestres que estaban siendo atacadas.

Cuando la guerra terminó a comienzos del año de 1973, las FF.AA. estadounidenses estaban totalmente desordenadas. Sin disciplina, divididas en disputas raciales, desanimadas por la derrota y rechazadas por la sociedad civil, cada una de las instituciones militares tuvo que ordenar su casa durante su período de reducción de fuerzas, restricciones fiscales y de cambios de misiones. En virtud de otros problemas, no es sorprendente que los estudios de las flaquezas de las operaciones conjuntas no hayan sido consideradas de alta prioridad. En la primavera de 1980 los EE.UU. inició una redada para rescatar al personal de la Embajada estadounidense detenidos como rehenes en Irán. Felizmente, para la mayoría de los participantes, dicho ataque fracasó antes de comenzar con el desastre de *Desert One*. No obstante el resultado, el planeamiento y la ejecución de la operación, dicha operación acentuó la falta de cooperación entre las instituciones militares, un comando débil que era cualquier cosa menos conjunto, y un enfoque institucional que era inexcusable para la mayoría de los estadounidenses.

Durante la presidencia de Ronald Reagan se vio un aumento en los presupuestos de la defensa y en las capacidades militares. No obstante el rendimiento de las operaciones conjuntas dejaron mucho que desear. En el otoño de 1983 los EE.UU. intervino en Grenada, aparentemente para liberar a los estudiantes de medicina estadounidenses, pero en realidad para impedir que Cuba ayudase a un régimen revolucionario a que solidifique su poder en la isla. Dado el poder que se invirtió en la mencionada isla, nunca se consideró la posibilidad de fracaso. Sin embargo, las instituciones una vez más parecían tener sus propios intereses en vez de una gran visión conjunta.

La Constitución de los EE.UU. atribuye al Congreso Nacional la responsabilidad por cada aspecto de la defensa nacional, con excepción de la responsabilidad de comando y, aún así, dicho órgano gubernamental raras veces se involucra en un nivel teórico y organizacional. En su mayoría se contenta a discutir con las personas que comparecen ante la Comisión de la Defensa y a dividir los gastos de la defensa entre los distritos y los estados. Sin embargo, el Congreso a veces interviene, sobretodo cuando el poder ejecutivo no resuelve un asunto de seguridad nacional. La presión proveniente del poder Legislativo que dio como resultado las reformas en el Ejército y la Armada en los primeros años del siglo XIX, y la Comisión *Morrow* a mediados de la década de 1920 son buenos ejemplos. La Comisión *Morrow* resolvió que no habría ninguna institución aérea independiente y que el poder aéreo permanecería dividido entre las dos instituciones. Esta fue la situación en la década de 1980 a medida que el Congreso, desilusionado por la falta de progreso en realzar las operaciones conjuntas, ratificó el Acta Goldwater-Nichols. La legislación cambiaría la relación entre el Jefe de Estado Mayor Conjunto y los Comandantes de cada institución militar, proporcionando al primero mayor autoridad, y otorgando poderes más amplios a los comandantes unificados. También determinó que la designación para la ocupación de cargos funcionales conjuntos sería un paso esencial para el asenso a general o almirante.

¿Y ahora Adónde vamos?

Las FF.AA. están atravesando cambios rápidos. Algunos afirman que los avances tecnológicos son revolucionarios y permitirán a los militares detectar enemigos desde lejos y destruir todo aquello que se mueva. Algunos afirman que la tecnología puede remover el fragor de la guerra. Tales posibilidades, no obstante, son improbables debido a que desafían a la ciencia moderna y a lo que la ciencia sugiere acerca del mundo.

Sin embargo, los tecnológicos tienen un punto: los sistemas modernos de información pueden disminuir significativamente la fricción que los EE.UU. y las fuerzas aliadas tal vez enfrenten y al mismo tiempo acrecentar el fragor de las fuerzas enemigas. Es en el ámbito de mando y control que tales tecnologías puedan contribuir en un mayor grado. Como escribió Eisenhower en 1946: “Las guerras terrestres, marítimas y aéreas independientes no existen más. Si nos involucramos nuevamente en una guerra, combatiremos con todos los elementos, con todas las instituciones, en un único esfuerzo concentrado.”⁶ No obstante, hasta hoy en día existen impedimentos para una operación conjunta.

Un problema es que las instituciones aún controlan el proceso presupuestario. Por lo tanto los comandos unificados han creado una lista de equipamientos y capacidades que precisan, como por ejemplo: vehículos aéreos no tripulados, aeronaves provistas de contra-medidas electrónicas y otras plataformas tratando con inteligencia, vigilancia y exploración. Las instituciones tienen programas que no son financiados en sus totalidades hasta tal punto que el Pentágono denomina a tales programas como “alta demanda, baja densidad”. Falta de voluntad para financiar tales programas que podrían contribuir a las operaciones conjuntas es sólo el síntoma de problemas sistémicos dentro de las FF.AA. Honestamente hablando, la cultura conjunta no forma parte de la visión de los generales y almirantes. Sin esta perspectiva, aquellos sirviendo

La Constitución de los EE.UU. atribuye al Congreso Nacional la responsabilidad por cada aspecto de la defensa nacional, con excepción de la responsabilidad de comando y, aún así, dicho órgano gubernamental raras veces se involucra en un nivel teórico y organizacional. En su mayoría se contenta a discutir con las personas que comparecen ante la Comisión de la Defensa y a dividir los gastos de la defensa entre los distritos y los estados.

en funciones conjuntas tropiezan con la dificultad de desarrollar conceptos realistas de cómo uno podría emplear las tecnologías emergentes para combatir las guerras del futuro. La cultura conjunta depende de factores complejos—educación, experiencia operacional, y un entendimiento profundo de las capacidades individuales de cada institución militar.

Ya se ha sugerido que una forma de crear una cultura conjunta más persuasiva sería destruir la cultura individual de cada institución. Mientras tanto, eso sería como crear un problema al tratar de solucionar otro. La base para un enfoque conjunto de las operaciones es entender la guerra en un determinado ambiente: tierra, mar, o aire. Hasta que los oficiales dominen una dimensión de la guerra, sólo pueden ser aficionados. Por ende las diversas instituciones militares deben formar guerreros completamente sintonizados a sus propios ambientes, porque si no lo están no pueden contribuir de manera significativa a las conducción de operaciones conjuntas.

En el centro del problema dominando la cultura conjunta yace el sistema de personal militar establecido en la década de 1940. Cambios posteriores

han lidiado sólo con los síntomas del problema. Un propósito de este sistema estaba fue prevenir la atrofia en el cuerpo de oficiales durante el período entre las guerras. Una mentalidad de “hacia arriba o hacia afuera” controlaba una rígida cronología para las promociones. El referido sistema continúa hasta hoy en día, con incentivos para animar a los oficiales para retirarse entre las edades de 41 y 45. Más aún, el Congreso así como las instituciones han agregado requisitos para el ascenso. El requisito más reciente para ser ascendido al cargo de general consiste en un pre requisito de haber servido en una capacidad conjunta. Esta estipulación

Como escribió Eisenhower en 1946: “Las guerras terrestres, marítimas y aéreas independientes no existen más. Si nos involucramos nuevamente en una guerra, combatiremos con todos los elementos, con todas las instituciones, en un único esfuerzo concentrado.” No obstante, hasta hoy en día existen impedimentos para una operación conjunta.

en el Acta Goldwater-Nichols tenía como meta resolver el problema de las instituciones que se rehusaban a enviar sus mejores oficiales al EM Conjunto.

Los oficiales enfrentan muchos requisitos para ser ascendidos, incluyendo el de haber desempeñado un cargo en una capacidad conjunta. Los sistemas de personal en la década de 1940 no tomaron en consideración las complejidades de hoy en día referentes a la educación y la tecnología. Aún así, un sistema diseñado para los militares en la era industrial rige en la actualidad. El resultado generalmente ha sido el de privar a los oficiales de flexibilidad en la formación profesional fuera de los estrechos parámetros de la carrera.

Aunque Goldwater-Nichols elevó el prestigio de las funciones conjuntas, las instituciones deben designar un máximo número de oficiales por una cantidad finita de funciones para calificar una cantidad adecuada de oficiales para el ascenso. Eso significa que la mayoría de los candidatos más calificados sirven por un tiempo mínimo en operaciones conjuntas, apenas el tiempo suficiente para aprender cómo desempeñar sus cargos. Los obstáculos que son presentados por el sistema de personal a la cultura conjunta son exacerbados por un fracaso general para tomar en serio la educación

militar profesional.

El Comando de las Fuerzas Conjuntas de los EE.UU. debería llenar el vacío. Desdichadamente, el mismo tiene misiones globales reales como sucesor del Comando del Atlántico de los EE.UU. En acorde a lo anterior, ha tenido la tendencia de colocar sus mejores oficiales en posiciones que no involucran experimentación o desarrollo de conceptos. El EM Conjunto, quien apoya al Jefe y Secretario de Defensa, es parcialmente responsable del desarrollo de conceptos conjuntos. Sin embargo está tan involucrado en las acciones diarias que el pensamiento a largo plazo (no tradicional) es casi imposible. Este dilema contribuye a una comunidad conjunta débil en gran parte integrada por oficiales comisionados por apenas dos años, que en realidad no les permite hacer nada más que aprender sus funciones. Los prospectos de cambiar de esta situación no parecen ser favorables debido ningún oficial superior, ya sea en el mundo conjunto o en las instituciones militares se ha ofrecido para reformar los sistemas de personal, sistemas que están profundamente arraigados y bien aceptados.

Los últimos tres siglos han sido testigos de la evolución de la guerra conjunta a menudo pagando un alto precio en el campo de batalla. La historia militar, no obstante, desde el estallido de la II GM se ha enfatizado el rol crítico de la guerra conjunta. Si se espera que las FF.AA. utilicen a lo máximo las nuevas tecnologías, deben fomentar operaciones conjuntas auténticas basadas en un pensamiento profesional y en la educación. Como lo sugirió Michael Howard, la guerra no sólo es la profesión más exigente físicamente sino además intelectualmente. Es esta última capacidad la que debe ser cultivada por los profesionales militares. La guerra conjunta debe tener como cimiento conceptos que puedan proporcionar la flexibilidad de mente y atender a las exigencias del futuro. **MR**

1. Clifford J. Rogers, “War Cruel and Sharp, English Strategy under Edward III, 1327-1360” (Woodbridge, RU: Boydell Press, 2000), pág. 198.

2. Para leer una discusión acerca del apoyo aéreo cercano durante la I GM, ver Richard Muller, “Close Air Support”, en *Military Innovation in the Interwar Period*, editado por Williamson Murray y Allan R. Millett (Cambridge, Massachusetts, Belknap Press, 2001).

3. PRO CAB 54/2, DCOS/30^a Reunión, 15.11.38. Subcomité DCOS, pág. 4.

4. Walter Warlimont, “Inside Hitler’s Headquarters” (Nueva York: Praeger, 1964), pág. 54.

5. Williamson Murray y Allan R. Millett, “A War To Be Won” (Cambridge, Massachusetts: Belknap Press, 2001), pág. 419.

6. Dwight D. Eisenhower en memorándum de Chester W. Nimitz, 17 de abril de 1946.